

sadamente y deprisa, pero aquella vez sin rechinar.

—Tomé nota de la calle y de la casa, y me alejé, sin volverme á casa, sin embargo.

Experimentaba una especie de desencanto. ¡Todo lo que me había acontecido me parecía tan extraño, tan extraordinario..., y habia terminado todo de una manera tan ramplona!

Cierto es que estaba persuadido de que debía de encontrar en aquella casa el cuarto que ya conocía, y en aquel cuarto á mi padre el barón, vestido en traje de dormir y con la pipa en la boca. Y en lugar de eso, descubro que el propietario de aquella casa es un carpintero, á quien puede irsele á ver á todas horas... y á quien se le pueden encargar muebles.

¡Y mi padre ha vuelto á partir para América! ¿Qué me queda ahora que hacer? ¿Contar toda esta aventura á mi madre, ó enterrar para siempre

hasta el recuerdo de aquel encuentro?

No podía conformarme con ver esta aventura sobrenatural y misteriosa llegar á un desenlace tan ordinario y vulgar.

No pude decidirme á volver á casa, y me puse á marchar en derechura, sin saber á dónde. Así llegué fuera de la ciudad.

#### XIV

Andaba con la cabeza baja, sin pensar, casi desprovisto de sensación, absorto en mí mismo.

Un ruido igual, sordo y furioso me sacó de aquel embotamiento. Levanté la cabeza: el mar gruñía y mugía á cincuenta pasos de mí. Entonces noté que iba andando por la arena de la playa.

El mar, hinchado por la tormenta



de la noche, cubriase hasta el horizonte de crestas blancas. Las agudas cúspides de las altas olas venían unas tras otras á romperse en la playa de la costa. Me acerqué á la orilla y me puse á seguir la línea de relieve que el flujo y el reflujo habían dejado en la arena amarilla y rayada, llena de plantas marinas dúctiles, fragmentos de conchas y serpeantes matas de esparganio.

Las gaviotas, de alas afiladas, acudían con el viento del vasto desierto aéreo y se elevaban dando gritos lastimeros, blancas como la nieve, para dejarse caer á plomo sobre el agua; parecían brincar de una ola á otra, sobrenadando como chispas de plata, ó desaparecían entre montañas de hirviente espuma. Reparé en que muchas de aquellas aves revoloteaban girando en torno de un gran peñasco, único objeto que se destacaba con vigor sobre la playa monótona.

Una planta de esparganio desplegábase en matas desiguales por un lado de aquella piedra; y en el sitio donde sus entrelazados tallos salían de la arena salina, vi una masa negra, de forma larga y abombada. Me puse á mirarlo con atención. Era un objeto siniestro..., permanecía inmóvil... A medida que me aproximaba, comenzaba á distinguir más claramente lo que podía ser.

Y cuando llegué á unos treinta pasos de la roca, reconocí con claridad formas humanas, y pensé: «Es un cadáver, un ahogado devuelto por el mar.»

Me acerqué junto á la misma roca.

Aquel cuerpo era el del barón, el de mi padre. Me quedé clavado en el sitio.

Comprendí que desde la mañana iba yo guiado por potencias misteriosas y que estaba en poder de ellas. Ignoro cuánto tiempo transcurrió así,



no oyendo más que el zumbido incesante del mar y con el alma presa de espanto en presencia del *fatum* que me poseía.

## XV

El ahogado estaba tendido de espaldas, ligeramente ladeado, con la cabeza puesta sobre la mano izquierda, y el brazo derecho doblado debajo del cuerpo. Las puntas de los pies, calzados con botas altas de marinerío, estaban hundidas en el fango glutinoso. Vestía cazadora corta azul, empapada en sal marina y abrochada hasta arriba; un tapabocas rojo rodeaba estrechamente el cuello.

Su atezado rostro, vuelto hacia el cielo, parecía sonreírse; el labio superior vuelto hacia afuera dejaba ver sus dientes menudos y apretados; las

vidriosas pupilas confundíanse casi con el empañado blanco de los ojos; los cabellos llenos de espuma y arena flotaban hacia atrás encima del suelo y descubrían su frente cruzada por una larga cicatriz violácea; la delgada nariz pronunciábase blanquecina entre las mejillas deprimidas.

¡La tormenta de la noche había realizado su obra! El barón no volvería á América. Aquel hombre que había ultrajado á mi madre y marchitado su vida, mi padre—¡Sí!, mi padre, ya no podía dudar de ello—yacía sin fuerzas en el fango, á mis pies...

Experimentaba á la vez un sentimiento de venganza satisfecha, de lástima, de aversión y de terror..., de terror sobre todo: el terror que me inspiraba ese espectáculo, y el pensamiento de lo que acababa de ocurrir...

Esos accesos misteriosos de perversidad, esos deseos criminales de que hablé al principio, despertábanse de



pronto en mí y me ahogaban. «¡Ah!, pensé; ahora comprendo por qué soy así... es la sangre que habla...»

Permanecía siempre inmóvil junto al cadáver, contemplábalo y esperaba:—«¿Quién sabe si se reanimarán esas pupilas extintas, si esos labios paralizados se moverán?»

¡No! Ya no se meneará. En el sitio donde le han arrojado las rompientes, el mismo esparganio aparece marchito; han desaparecido las gaviotas, y no veo flotar por ninguna parte despojos, ni tablas, ni aparejos desgarrados.

Por todas partes el desierto... y nadie más que él y yo á orillas del Océano, donde sube la marea... Detrás de mí, otra vez el desierto; y en el horizonte una cadena de tristes colinas... ¡eso es todo!

No podía resolverme á dejar aquel infeliz en aquella soledad, hundido en fango, entregado como pasto á los pe-

ces y las aves; una voz interior me ordenaba ir en busca de hombres para hacerles conducir ese cadáver entre los vivos... Pero de pronto, apoderóse de mí un terror insuperable.

Tuve el pensamiento instintivo de que aquel muerto sabía que estaba yo allí, y que él mismo había dispuesto aquel encuentro; hasta creí oírle mascullar frases ininteligibles, con aquella voz sorda que conocía yo...

Retrocedí para mirarle de nuevo. Una cosa brillante fascinó mis miradas: era un anillo de oro en la mano izquierda del cadáver, y reconocí la sortija de boda de mi madre.

Siempre recordaré cómo vencí mi repugnancia. Vuelvo pies atrás, me inclino sobre aquel cuerpo... aún siento el contacto viscoso de sus dedos rígidos... me acuerdo del furor con que guiñando los ojos, rechinando los dientes, arranqué el anillo que resistía... por fin cedió... y huí como un culpa-



ble, sin volver atrás la cabeza, con la idea de que alguien va en pos de mí, me persigue, me alcanza, me detiene...

## XVI

Cuando volví á casa, parece que llevaba escrito en la cara todo lo que había sentido y sufrido.

Fuí en derechura al cuarto de mi madre; al verme, se irguió de un salto y me miró con tal insistencia, que, al cabo de un instante de vacilación, acabé por presentarla el anillo sin decir una palabra.

Cubrióse su rostro de una palidez lívida; abriéronse sus ojos desmedidamente y se empañaron tanto como los del ahogado. Cogió la sortija, se tambaleó, cayó sobre mi pecho donde permaneció rígida, con la cabeza echada

atrás y fijando en mí sus grandes ojos despavoridos.

Rodeé su talle con entrambos brazos, y sin moverme del sitio la referí con voz lenta y dulce todo cuanto había pasado, sin omitir ningún detalle: el ensueño, el encuentro... En fin, se lo dije todo.

Escuchó mi relato hasta el final, sin interrumpirme con ninguna exclamación; solamente que su pecho se levantaba cada vez con más fuerza, se reanimó su mirada y se entornaron dulcemente sus párpados. Luego se puso la sortija en el dedo anular, y desprendiéndose de mis brazos, se puso á buscar la manteleta y el sombrero.

La pregunté á dónde quería ir.

Me dirigió una mirada llena de asombro y quiso responder, pero le faltaba la voz.

Estremecióse varias veces, se frotó las manos como para calentárselas y al cabo dijo:



—¡Vamos pronto!

—¿A dónde, madre?

—Allí, donde está él... Quiero verle, quiero convencerme..., le reconoceré...

Intenté disuadirla, pero estuvo á punto de darle un ataque de nervios. Comprendí que era inútil toda resistencia y partimos.

## XVII

Heme de nuevo en el arenal; esta vez ya no voy solo, llevo del brazo á mi madre.

El mar se ha retirado allá abajo, muy lejos; está más tranquilo, pero produce el mismo zumbido siniestro y de mal augurio.

Por fin, veo la peña solitaria y la planta de esparganio. Miro con atención para distinguir aquella masa

oscura que estaba al lado... Ya no veo nada.

Nos aproximamos á la roca, é involuntariamente acorté el paso. ¿Dónde puede estar el cadáver siniestro y ya rígido? No veo más que los tallos del esparganio, que forman una mancha negra sobre la arena ya seca.

Henos al cabo junto á la piedra. El cadáver ha desaparecido, y en el sitio donde se encontraba no queda sino un hueco en que se puede distinguir la impresión de los brazos y de las piernas...

El esparganio ha sido pisado y se pueden reconocer las huellas de la planta de los pies de un hombre; los pasos están marcados en la arena y se pierden en dirección á las montañas silíceas.

Mi madre y yo cruzamos una mirada, y los dos tuvimos miedo de lo que acabábamos de leer mutuamente en nuestras caras: «¿Se habría levantado y habría partido?»



—¿Estabas seguro de que se hallaba muerto?

No tuve fuerzas para responder de otro modo que con una seña afirmativa de cabeza. No hacía tres horas que había visto yo el cadáver del barón... Alguien había venido y se lo había llevado...

Resolví descubrir quién pudiera ser. Pero, ante todo era preciso ocuparme de mi madre.

### XVIII

Mientras nos encaminábamos al sitio del siniestro, la fiebre la había sostenido; pero la desaparición del cadáver la hirió como una desgracia irreparable. Tuvo convulsiones y temí por su razón.

Me costó los mayores trabajos del mundo volverla á casa; la hice meter-

se en la cama y llamé al médico. Al volver en sí, su primer cuidado fué exigir que partiese en el acto en busca de «aquel hombre».

La obedecí; pero todos mis esfuerzos quedaron infructuosos. Me dirigí varias veces á la policía; recorrí todas las aldeas inmediatas, hice insertar anuncios en los periódicos, tomé infinidad de informes... ¡Todo ello sin resultado ninguno!

Un día supe que habían conducido un ahogado á una de las aldeas costeñas... Me encaminé allí á toda prisa; pero cuando llegué lo habían enterrado. Por otra parte, por sus señas personales, no podía ser el barón.

Conseguí saber en qué buque se había embarcado el barón para América. Creíase que ese barco se había ido á pique durante la tempestad; sin embargo, parece que se supo algunos meses más tarde que había anclado en New-York.



No sabiendo ya á quién dirigirme para obtener informes, me puse en busca del negro. Le ofrecí, valiéndome de los periódicos, una suma considerable si venía á verme. En efecto, un día, durante mi ausencia, se presentó en casa un negro de alta estatura, envuelto en un poncho. Interrogó á nuestra doncella, desapareció luego y nadie ha vuelto á verle más.

De ese modo se desvanecieron en mudas tinieblas todas las huellas de mi padre.

Jamás hablábamos de él. Una sola vez expresó mi madre su asombro de que no la hubiese contado más pronto mi terrible ensueño, y añadió: «Era muy duro...» No concluyó su pensamiento.

Mi madre estuyo enferma largo tiempo; y cuando se restableció, no fueron ya nuestras relaciones lo que eran antes.

Mi madre sentía en mi presencia cierta contrariedad que persistió hasta su muerte. Si; una especie de retraimiento pesó sobre nosotros y aquella desgracia no tenía remedio.

Todo se olvida; el recuerdo de los sucesos más trágicos pierde poco á poco su agudeza; pero si entre dos personas que viven en gran intimidad se desliza un sentimiento de malestar, nada del mundo puede disiparlo.

No he vuelto á ver más el fantasma que me visitaba con frecuencia en otros tiempos; ya no busco á mi padre. Sin embargo, en sueños aún me parece ahora, en ocasiones, oír gemidos lejanos, quejas dolientes y continuas; resuenan detrás de una pared alta, tan alta que no puedo escalarla; siento su peso en el corazón y lloro con los ojos cerrados.

—Me es imposible comprender si es que gime un ser vivo, ó si oigo el rugir loco y salvaje del mar desencade-



nado. Transfórmase ese rugir, y oído de nuevo un gruñido de oso, ese masculleo de palabras ininteligibles que tanto conozco... Y me despierto con terror y angustia en el alma.

## LOS NUESTROS ME HAN ENVIADO

---

Episodio de las jornadas de Junio de 1848  
en París.

**E**ra la cuarta de aquellas memorables jornadas, que están escritas con letras de sangre en las páginas de la historia de Francia.

Habitaba yo entonces en una casa, desaparecida hoy, en el ángulo del bulevar de los Italianos y calle de la Paz. Desde los primeros días de Junio había en el aire como un olor a pólvora; era inminente un choque decisivo. Un detalle precipitó los sucesos. Habiendo recibido el miembro del gobier-